



Artesano de necesidades y tiempos, el psicoterapeuta realiza sus obras con restos de naufragios¹

Alejandro Ávila-Espada, Ph.D.²

Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid / IARPP España

Se reflexiona sobre las dificultades y posibilidades del encuentro terapéutico con las personas que han necesitado construir un muro de aislamiento en torno de sí, que a la par que les anula les protege de ansiedades destructoras, un aislamiento que ha de transformarse en la relación con el terapeuta, logro problemático, aunque no imposible. Como ejemplo de las posibilidades de fracaso en el encuentro se comenta la experiencia de Franz McCourt sobre la psicoterapia, así como el relato del proceso terapéutico de Oscar, ejemplo de dificultad y turbulencia transformables. Oscar es una persona que lucha por escapar del muro que le aísla de ser él mismo con los otros. La esperanza de llegar a ser persona plena, a pesar de la devastación del mundo personal en la infancia, se plasma en intentos de contacto, necesidades de mantenerse anclado y a la vez de consumir una obra o perspectiva grandiosa. El encuentro psicoterapéutico genuino y recíproco ofrece alguna posibilidad de tomar contacto con el mensaje que porta la botella del naufragio sin que su contenido se destruya, una artesanía donde la angustia puede ser metabolizada en creación de espacio mental entre dos, si disponemos del tiempo subjetivo necesario para “ser/estar con un otro existente”.

Palabras clave: Proceso analítico, Psicosis, Espacio Mental, Franz McCourt

Reflections are made about the difficulties and possibilities of therapeutic encounter with people who have had to construct a barrier wall around themselves that both annuls them and protects them from destructive anxiety. Franz McCourt experience of psychotherapy is revised as an example of failure of encounter possibilities, as well as the psychotherapeutic process of Oscar, an example of turbulence and difficulty capables of transformation. Oscar is a person who struggles to escape from the wall that isolates him from being himself with others. The hope of becoming complete person, notwithstanding the devastation of his personal world in infancy, is captured in his attempts to contact, the need to maintain himself anchored and at the same time carry out grandiose works or perspectives. Genuine and reciprocal analytic encounter offers some possibilities to get in touch with the message contained in the bottle of the castaway without destructing its contents, a craft in which anguish can be metabolized in the creation of a mental space between the two, given the necessary subjective time to “be with the existing other”.

Key Words: Analytic process, Psychosis, Mental space, Franz McCourt

English Title: The Psychotherapist, Artisan of Needs and Time, Creates its Works by Salvaging Remains from Wrecks.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Ávila Espada, A. (2009). Artesano de necesidades y tiempos, el psicoterapeuta realiza sus obras con restos de naufragios. *Clínica e Investigación Relacional*, 3 (3): 582-592.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen33Octubre2009/tabid/645/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

*Caminante, no hay camino,
Se hace camino al andar*
(Antonio Machado, 1939)

Contar la experiencia de conducir/estar en, una psicoterapia - psicoanálisis³ es parte de nuestra propia narrativa. Sentimos y pensamos con el otro como personas implicadas en los recorridos de búsqueda y anhelo de transformación que hacemos desde el sufrimiento, no como “analistas” o “terapeutas” -roles dudosos y problemáticos⁴ si los hacemos *personae*⁵. Este trabajo dará cuenta de recorridos de encuentro y desencuentro entre los dos partícipes de la experiencia terapéutica.

Primero examinaré los desencuentros inevitables en los primeros momentos entre terapeuta y paciente, y los ilustraré apoyándome en la reconstrucción literaria que hizo Franz McCourt de su fracaso en aprovechar el espacio psicoterapéutico. Después, como aportación a la reflexión sobre la complejidad del encuentro, mostraré facetas de mi recorrido con Oscar, uno de mis maestros para lograr captar las posibilidades y límites del encuentro en la inherente mutualidad de la experiencia de entender-se. No nos resultará nuevo, pues todos nosotros, los terapeutas, hemos podido ensayar un recorrido similar con los diferentes interlocutores que nos han demandado un encuentro, y co-construimos constantemente nuestras multiplicidades en esos encuentros con la alteridad.

Somos el producto de la experiencia de nuestros escenarios relacionales, matrices fundantes vividas, en cuya elección y despliegue hemos participado. Probables terapeutas naturales –en nuestra propia historia- de cuidadores que estaban deprivados y que actuaban como deprivadores, hemos devenido en gestores de una red de cuidados anudada para sostenernos, a la vez que sostiene a otros, y hemos llegado a construirnos en un difícil equilibrio entre la síntesis integradora de la comprensión que hemos alcanzado de nuestros “casos”, y el refugio de lo más nuclear de nosotros mismos, la idiosincrasia que integra y preserva quienes somos, además de terapeutas.

Si no nos ciega la grandiosidad narcisista, percibimos las fallas, lo que falta, los límites de uno mismo, y a la vez resolvemos parte de nuestra tensión narcisista anhelando que el otro, deficitario, devenga poderoso, se enfrente, logre, y a la vez... ¿renunciamos a la satisfacción de percibir resuelta nuestra propia incapacidad como logro del otro?, ¿a ser por momentos *Pigmalion*, pero sin más goce que la fugaz contemplación de la transformación posible?, ¿aceptando que se nos escapa para nosotros mismos?.

Renunciamos a instalarnos en la identificación masiva con un cuidador ideal (ausente), que si nos sirvió como faro aglutinador de necesidades de integración narcisista, pudiera ahora derivar hacia la grandiosidad si no encontrara o reconociera límites. Una tensión que nunca cesa del todo.

Y en esto llega el “paciente”, persona que en su búsqueda de sí mismo, y muchas veces por accidente o “discretamente empujado” por quienes no pueden o quieren hacerse cargo de él o ella, recalca en nuestro espacio profesional y pide ayuda, con más o menos conciencia de ello.

Mucho podríamos relatar sobre las maneras de llegar y estar en el espacio de la consulta. Sobre cómo llegan las personas a la consulta, espacial y temporalmente, cualquier terapeuta tiene un largo anecdotario, que pasa de ser anécdota a persona si nos queda

sensibilidad disponible para recibir a otro. Desde cómo devolvemos una llamada telefónica, o con que grado de apertura estamos en un primer encuentro. Leyendo a Franz McCourt en la tercera de sus novelas autobiográficas (*El profesor*⁶) descubro el relato de su fallida experiencia de la psicoterapia. No hay nada excepcional en ese relato, por el contrario me llama la atención lo común, lo fácilmente que se repiten una y otra vez este tipo de experiencias de desencuentro en nuestra cotidianidad de terapeutas.

McCourt camina “empujado” por sus allegados hacia la calle Noventa y Seis (la calle de los loqueros en Nueva York). Allí le recibe *Henry*, con quien Franz se intenta comunicar a través de los personajes de la literatura que devora: “Se parece (Vd.) a Jeeves⁷” dice Franz, “¿Quién es Jeeves?” le responde Henry, “Y cuando le expliqué quién era aquel personaje de P.G. Wodehouse, no le hizo mucha gracia. Enarcó las cejas como habría hecho Jeeves, y yo me sentí como un idiota” (McCourt, 2006, p. 193). No le podemos reprochar a McCourt que no lo haya intentado, pero su terapeuta no estaba disponible, ni en el registro del mundo que le interesa a McCourt –la literatura, pero no es una literatura de élite, sino un autor muy conocido y leído, ni en la capacidad para ironizar o usar el sentido del humor consigo mismo. No tenemos que saber de antemano quien es *Jeeves*, solo tenemos que estar abiertos a pensarnos a través de la caricatura que el otro nos hace en su intento de conectar. Jeeves no es un estúpido, es un sabio y respetuoso cuidador, y nosotros tenemos que estar abiertos a jugar con las variadas depositaciones con las que nos reconocen, explorar-nos en nuestras caricaturas, lo que el otro ve y siente de nosotros, y se arriesga a mostrarnos, es casi siempre de gran valor. Henry podía haber sido Jeeves, y así habitar funcionalmente el lugar que Franz necesita encontrar, alguien que lo respete y atienda sus necesidades desde un saber estar con y estar en el mundo, pero no supo averiguarlo y nada más pudo hacerse, porque ese registro de juego y caricatura no se pudo recuperar. Franz se sintió progresivamente abandonado y extraño, en la consulta, y en el posterior grupo, un recorrido a la deriva, hasta finalmente tener que marcharse sin siquiera despedirse.

McCourt no nos dice nada de cómo habitaba el espacio de la consulta, tal vez porque no llega a sentirse presente. Su terapeuta es alguien que toma notas observando al nuevo espécimen llegado, a quien trataba con condescendencia, mientras Franz intentaba acomodarse y responder a sus expectativas. Pero no está allí para cuidar o satisfacer a su terapeuta, sino a sus necesidades. ¿Qué espacio propio podía llegar a tener y usar en la consulta y la relación con su terapeuta?

Es importante que nos detengamos a pensar como configuramos el espacio que podemos ceder a otro, físico y mental. Probablemente podemos clasificar las modalidades de esbozar un vínculo posible por como ocupan los pacientes los espacios que tenemos disponibles. Resulta más fácil empezar por el espacio físico. Mi experiencia personal es la de haber evolucionado a lo largo de más treinta años desde espacios más rígidos y limitados a espacios más polivalentes y configurables a voluntad. Abandonada la mesa de despacho como refugio o parapeto, y manteniendo el diván como una opción para cuando resulta oportuno –nunca como comienzo- es importante que haya diferentes distancias y ángulos posibles que le permitan a la persona optar entre más cerca y más lejos, más en la confrontación de la mirada o en el ángulo de la evasión o demora. Así la persona-paciente puede mostrarnos lo extraordinariamente cerca que quiere estar o bien mantiene su abrigo y bolso incómodamente sobre sí, como si hubiera de estar lista para salir huyendo en cualquier momento; quien se sienta al borde, denotando la inquietud de quien espera con ansia, y quien se instala cómodamente para quedarse un rato prolongado; quien escoge una postura ergonómica y quien denota su incapacidad aparente para cuidar sus necesidades posturales. No nos olvidemos de preguntarnos si nosotros mismos estamos cómodos con el

espacio que habitamos y ofrecemos.

Y ¿qué ocurre con el espacio psíquico que podemos ceder al otro? No tenemos respuestas a priori ni definitivas. Ese espacio se construye en nuestra formación como terapeutas, se ensancha en nuestro análisis personal, se defiende con la honestidad de estar abierto a los interrogantes y a tolerar las propias limitaciones y carencias.

Tolerar el estar, tolerar el sentir y el pensar “con otro”. Todo encuentro es un reto a nuestra capacidad de apertura a una nueva oportunidad. Oscar, uno de los pacientes a quien acompañé más tiempo, una persona a quien podríamos pensar como ejemplo de *condiciones psicóticas*, es una buena muestra de la complejidad que transcurre en un trabajo discontinuo realizado durante más de 20 años. Su recuerdo, su huella, me ha acompañado en los encuentros figurados con otros clínicos y literatos que comparten su experiencia terapéutica⁸. Me ayuda a pensar y sentir con, figurarme desde la infinita serie de heterónimos que invocan los laberintos de lo psicótico y la creación, el surgimiento de la fugaz singularidad del genio entre el caos de lo bizarro, sentido con la angustia de convivir con lo que (todavía) no ha podido ser pensado.

Oscar⁹ inició tratamiento psicoterapéutico a los 31 años, aunque desde los 19 había presentado descompensaciones compatibles con episodios psicóticos agudos, con alucinaciones auditivas, sentimiento de despersonalización, delirios de autoreferencia y persecución, con frecuente contenido místico derivado de una probable *folie a deux* con su madre, quien presenta todos los rasgos clínicos de un cuadro histérico-disociativo y fabulador. Alternando períodos de descompensación aguda y desorganización psicótica de su personalidad con largas etapas aparentemente asintomáticas, ha conseguido mantenerse entre un entorno familiar muy cerrado (había vivido siempre con los padres, incluso teniendo un apartamento propio) y un empleo al que accede por influencia y protección del padre. No ha tenido otros tratamientos que los farmacológicos, y cuando es traído por una de sus hermanas a la consulta muestra una mezcla de curiosidad y escepticismo por este nuevo espécimen, Yo, que le mira dentro de su urna de cristal. ¿Quién soy yo? Probable entomólogo que lo observará, clasificará, diseccionará...

La tensión se hace explícita desde el principio, y esa tensión es nuestra opción: “Yo soy un bicho raro”, dice Oscar “necesito poca gente alrededor, cuando hay gente me mareo, desvarío... no me gusta ser un tipo raro... que me acepten como soy yo... eres un poco como la mosca, las moscas son naturales en el ambiente, pero todo el mundo tiene uno de esos spray sss...sss... para matarlas”; Oscar, escurridizo, con sus provocaciones y retos constantes a nuestro rol y encuadre anuncia que viene a sostener una lucha para afirmar su muy precario y frágil self, a fortalecerse en un combate donde será esencial que le reconozcamos como diferente y renunciemos a dominarle y poseerle, a hacerle “a nuestra imagen y semejanza”.

Es sorprendente como Oscar, que percibe sin duda sus vacíos, no quiere rellenarlos en falso con “instrucción educadora” en una supervivencia dependiente, no busca la prótesis sino la generatividad, aunque a veces parezca instalado en una forma de vida dependiente. No busca lo que yo “se” y él no, sino validar su experiencia y abrir un progresivo espacio para construir contenidos en los que reconocerse.

Por eso rechaza las interpretaciones, que siente como intrusiones y bombardeos sobre su frágil y fragmentado self, y a las que yo, pronto, aprendo a renunciar. Y, tras la brillante y atractiva fachada de un ser inteligente e ingenioso, de apariencia genial, hay un mundo en ruinas que requiere la delicadeza y paciencia del arqueólogo que no puede saber de entrada

si la amalgama de tierra y fragmentos que observa contendrá valiosos restos o será material de desecho de la excavación. Como ocurre con Oscar, lo esencial pasa a ser reconocerse en el otro, que pueda verse a sí mismo y sentirse en el otro, a la par que respetado y aceptado en lo que por el momento es, quién y qué se siente, de ahí las sutilezas de las palabras, los matices de cada expresión, donde Oscar habrá de llegar antes a sentirse entendido que nosotros a conocerle.

Nos movemos como en un oscuro túnel con una luz apenas perceptible, donde para avanzar será más importante la esperanza del encuentro que las certezas de los sentidos. Oscar está en un estado de *ecuación simbólica* porque necesita agarrarse a sus escasas seguridades, y nosotros no podremos avanzar por el túnel sin tocar la pared que traza un límite a la angustia ante lo desconocido. Esta certeza básica, que la pared está ahí y nos limita, que los significados (qué y quién es uno y el otro y qué pasa ahí) coinciden exactamente con el objeto, calma la angustia de la ausencia de límites y donde su (re) construcción será premisa para dar el paso siguiente. Somos “Todo y Nada”, como en la ficción de Borges sobre Shakespeare¹⁰, nos habitan los personajes potenciales que el otro puede ser antes de que se singularicen en una trama narrativa, mientras calmamos la angustia y contenemos el desorden que a nuestros propios personajes le provoca tanto visitante fantasmal.

Como el Pedro Damián de Borges en “La Otra Muerte”¹¹ vivimos la tensión de estar en una soledad absoluta al otro lado del espejo en el que el otro intenta reflejarse, sin llegar más que a una ficción de contacto, y como en el túnel, asustándonos si nos tropezamos de pronto con el otro. Es esencial mantener referentes de encuentro, marcas de contacto, *enactments*, ecos, que nos permiten avanzar aunque sin certeza, tolerando la indefinición del recorrido. Ambos habremos de percibir la angustia de ese recorrido incierto, lleno de tropiezos. Yo lo sentía con Oscar, y él, conmigo.

Terapeuta y paciente “como dos ciegos atravesando una oscuridad espesa” (Shoshani, 2009b), una oscuridad respecto de la propia historia, donde las luces que parecen haberse apagado son las de la infancia, y las de muchos otros periodos que parecen no haber existido, que sabemos que han sido, pero no nos queda noticia, se desdibujaron los recuerdos tras los requerimientos defensivos de lo traumático, apenas unas líneas borrosas ante las que Oscar parece confundido y se siente ajeno, y ante las que nosotros no podemos sentirnos más que frente a una hoja en blanco.

Ante tales supuestos vacíos, las producciones que aparecen como pensamiento psicótico son “restos valiosos” que contienen tanto la escoria que amalgama, como los fragmentos que cobrarán sentido en el momento oportuno, y nuestra función será contenerlos y cuidarlos, sin convertirlos en fetiches, hasta que desvelen el sentido que tienen para la persona que nos los confió.

Oscar necesitaba comprobar que yo sabía guardar sus frágiles y escasos recuerdos, narrándolos una y otra vez, que podía contenerlos cuidadosamente sin cambiar su esencia, como en los cuentos que nuestros hijos nos han pedido que les leamos una y otra vez, para comprobar que la historia no ha cambiado, señalándonos el párrafo que saltamos o la palabra equivocada, y así confirmar su precaria historia y nuestra capacidad de albergarla sin dañarla, logrando un mundo confiable en el que habitar: el relato, la fiabilidad del relator, y la apertura al sueño que a partir de ahí puede desplegarse y donde tal vez, en el trabajo del sueño, crezca y cobre sentido el personaje propio.

Como en el sueño, atrapados por la experiencia, el relato “formal” se desdibuja, el texto ya

no es lo esencial, sentimos y estamos, la capacidad para pensar y distanciarnos se pierde, al menos transitoriamente; una complejidad que se nos escapa rápidamente tras el despertar, quedando la sensación y un sentido de lo vivido pero no claramente formulado, sabido pero no pensado (Bollas, 1987). Nos cuesta tolerar esta ambigüedad, estar disponibles, servir como contenedores, suspender nuestra racionalidad en la espera de una comprensión incierta. Ni conocer-le ni conocer-nos con certeza, quedar suspendidos, “en barbecho” (Khan, 1983). Con la ilusión de que más tarde, llegará la primavera¹².

El personaje de Borges, *Funes el memorioso*¹³, nos recuerda la importancia de alejarnos del pensamiento concreto que domina la clínica para alcanzar la abstracción de la subjetividad, llegar a pensar-nos y pensar al otro. Las capacidades de relación son inherentes a lo humano, son los ejes de la regulación mutua sobre la que se construye la comunicación. Abarcan el amplio rango que va desde la meta-comunicación implícita en las expresiones faciales, la mirada y el lenguaje del cuerpo, hasta poder usar la teoría de la mente para regular las relaciones en las que se diferencia nuestra subjetividad en la relación con los otros significativos.

Oscar, que podría haber sido estigmatizado por el pensamiento concreto de la clínica como psicótico o esquizofrénico “víctima de traumas”, traía consigo el sufrimiento de la lucha constante para ser él mismo sin quedar anulado o invadido en el encuentro con el otro, empujado a desplegar y usar un *Sí mismo falso* tras el que disimular lo esencial de sí, incapaz de encontrar un espacio potencial en su desarrollo infantil y con sus figuras parentales. Oscar no pudo encontrar un espacio para estar cuidado, desplegar facetas de verdadero self que pudieran ser expresadas y reconocidas como existentes limitados y en crecimiento, solo podía vestir “trajes” elegidos para él por los adultos.

El mundo que le rodeaba no incluía una delimitación precisa entre lo real y lo irreal. A Oscar se le aparecían vírgenes y ángeles que su madre necesitaba recrear para su propio equilibrio y ser a la vez el centro del universo familiar. No pudo ser simplemente un niño al que se le brindasen espacios concretos seguros donde sus diversas necesidades evolutivas estuviesen adecuadamente provistas, a la par que se cuidasen sus espacios potenciales donde crecería en la ilusión de omnipotencia. Una ilusión que permite ir de lo concreto a la creación de la fantasía, al espacio intermedio, transiccional, garantizado por el adulto que permite el crecimiento del otro porque no siente amenazado su propio equilibrio por la diferencia que el otro introduce con su emergente singularidad.

De esta imposibilidad de ser progresivamente uno surge la escisión psicótica y los estados disociados del self. Oscar “probará” diversos personajes para subsistir al no-niño-de-su-madre: el poeta, el iluminado, el gay, el artista. Y usará la fotografía para “fijar” la realidad, dando noticia de su mundo en una mezcla de huellas “reales” estáticas con las que creaba más tarde la experiencia, con sentimientos no expresables más que a través de objetos o fragmentos de objetos, transformándolo todo en imagen pictórica, partes de sí y de su mundo ofrecidas a los otros para que tal vez pudieran integrarlas. Una suerte de laberinto lleno de objetos bizarros que me proponía para que los descifrase, a veces como reto jeroglífico, otras por necesidad de usarme para poder pensarlos.

Con Oscar resulté arriesgado intérprete. Había que pensar con él, pero se trataba de un pensamiento que en el otro no había cobrado forma, solo un esbozo. Y sentíamos la experiencia como angustia de la imposibilidad, en una marea de islotes de emoción y significados que aparecían para su integración, necesaria pero impredecible. Oscar aparecía cada día como un otro diferente, que depositaba proyectivamente en mí la necesidad de unirse en uno solo. Ser él mismo y tener historia a través del sentido y la

narrativa que yo pudiera alcanzar de él: mi necesidad de integrarlo en un todo para unir sentimiento y pensamiento en la experiencia, para que siendo él en mi, fuese él en él. Yo había de tocar tierra con Oscar para sentir que seguíamos aquí, que no estábamos -como dice nuestra expresión castellana- “fuera de sí”, sino a veces perdidos, a veces encontrados, pero –en alguna medida- con nosotros mismos.

Somos navegantes del tiempo, un tiempo que no transcurre más que en nuestra experiencia subjetiva, especialmente cuando nos impacta la angustia de percibirlo; el tiempo que ha transcurrido, el tiempo que queda, siempre incierto, atado a la idea del “Milagro escondido” del personaje de Borges Jaromir Hladik¹⁴, a quien Dios concede el deseo de disponer de un año de tiempo subjetivo para completar su obra y realizarse.

Oscar vivía casi sin tiempo, sin perspectiva de pasado, sin horizonte de futuro. Es en el trabajo de evocación y elaboración que se podía hacer en el espacio terapéutico, donde su historia pasa a ser un relato de escenas, personajes y vivencias, situada en tiempos concretos, y donde la experiencia que permanece atemporal en el trauma puede ser separada de la que se logra historizar en una narrativa. En esa historia aparecerán los diferentes personajes que uno es y ha sido, mostrando las facetas de las multiplicidades del Self que ha logrado desplegar, no solo los objetos cosificados que ha sido para los otros. Oscar defiende un espacio de creación artística donde será para los demás un “artista exquisito incomprendido (loco)” que, progresivamente, ganará espacio público en el reconocimiento que le brindan algunas personas –entre ellas, Yo, su terapeuta- que ya no lo ve solo como el niño andrógino eterno que era para su madre (“mi niño”) sino una mezcla de heterónimos y posibilidades, entre la locura y lo cotidiano. Como el Pedro Damián de Borges⁹, un héroe posible a la espera de la oportunidad de redimirse y llegar a ser.

Ser es un riesgo doloroso, y los lugares de identidad que traza la ilusión de omnipotencia contienen la marca de la desintegración inevitable. Es impresionante la experiencia que Oscar tiene de transformarse en Ángel, sintiendo vivencial y físicamente como le crecen alas en la espalda, que le darían el poder grandioso y la autonomía que necesita (sería por fin el Ángel de mamá), pero que implica pagar el precio de la ruptura de su cuerpo, la angustia insoportable de desgarrarse, un proceso que el vínculo psicoterapéutico logra contener. Oscar podría salir volando, poderosamente grandioso, pero al precio de ya no ser él, sino la fabulación mística que su madre anhelaba.

La fantasía (y el fantaseo, el delirio, lo alucinado) conforman el universo en el que pueden tener existencia partes bizarras (elementos β ; Bion, 1967) de Oscar que son él mismo, que pueden ser transformadas en pensamiento (elementos α) discriminando significados, integrando lo sabido no pensado (Bollas) en conciencia de sí, un proceso tortuoso y doloroso.

Pero, siendo Ángel, no queda ya otro lugar para habitar que el cielo. Oscar puede *vivir* en el impacto que sus cuadros y objetos provocan en los demás. De estas “imágenes” que los otros usan de uno, a integrar experiencia de uno mismo, hay todo un pasaje en el que las fantasías han de cobrar existencia siendo nombradas y narradas, trazados los puentes entre lo vivido y lo anhelado, re-vividas en contextos concretos e inmediatos (p.e., la propia relación terapéutica), de lo innombrable a lo vivido con el otro.

Oscar es ejemplo vivido de que “*Es el fracaso de la realidad lo que fuerza al niño a la omnipotencia*”; propuesta que Ferenczi (confusión de lengua y trauma), Balint (falta básica), Winnicott (falla ambiental) y Kohut (falla narcisista) hicieron para entender la función de refugio y salvaguarda de la identidad que la fantasía permite, encapsulando así lo que el

self necesita para subsistir sin objetos que le brinden cohesión, sin noticias del otro sobre quien es uno. Oscar lo evoca en sus escritos adolescentes en los que plasma la transformación de su cuerpo en imágenes de poder y deseo “*Inmenso cuerpo, pásate de noche... Mi apariencia ya no es la del (niño) atormentado y por mis miembros no corre ya la desesperación del suicida, pero en mi interior reina un tenebroso encono de lujuriosa insatisfacción, soy pues un lobo con piel de oveja*¹⁵”.

La ilusión de la omnipotencia y la trascendencia con que Oscar sueña permite esperar ese momento donde por fin tendrá sentido todo (el pasado traumático lleno de sufrimiento, los vacíos del presente, quién y qué somos).

Encontrar la propia voz a partir de ese mundo de ecos, esta es la tensión narcisista central que a todos nos atraviesa. Oscar espera revelarse en obras de estilo inconfundible, único, donde ser reconocido y reconocerse. Y todos y cada uno de nosotros desplegamos un pensamiento y experiencia en ser algo más que la repetición de lo narrado por nuestros maestros, clones defectuosos de nuestras proyecciones ideales de Ferenczi, Winnicott, Kohut, Pichon-Rivière, Mitchell.... Que la tensión sea tan insoportable como para huir de la realidad, o manejable en nuestra experiencia de uno mismo y de los tiempos, depende de la calidad de los escenarios relacionales vividos, incluidas las oportunidades que brindaron nuestros propios análisis y los recorridos en que acompañamos a nuestros Oscar y tantos otros que hacen posible que salgamos de la *urna* que limita, a la vez que asegura, nuestra identidad. No solo creció Oscar a través del espacio mental que desarrolló en el espacio terapéutico, también nuestro propio espacio mental se amplió, y para ese recorrido acuden en ayuda los narradores, los poetas. El espacio de la mente en análisis requiere mundos ya pensados, que podamos recrear para habitarlos, viajes para recorrerlos con billete de vuelta.

La dificultad del encuentro entre la persona-paciente, y el terapeuta, nosotros mismos, puede ser representada como objetos que flotan en medio de una tempestad. Juguemos con la figuración de una botella de vidrio que flota en el mar, a la deriva, pero que puede portar el mensaje (sabor, experiencia) que necesita el naufrago —el de dentro, el que se encerró en la botella y el de fuera, que encapsuló su llamada de auxilio- para encontrar la vuelta a sí mismo, encontrar su tierra firme compartida.

Una persona encerrada, pero segura, que flota en la tempestad pero dispone de una cápsula protectora, y a la vez sigue siendo visible, tras el *crystal* de sus disociaciones, solo le hará falta un lugar de remanso, una bahía en la que embarrancar y quedarse; Aunque aislados, podemos sobrevivir gracias a las disociaciones, como el falso self protege al verdadero, oculto, encapsulado, hasta que la crisis mental permite que se exprese la necesidad y haga posible el socorro.

En los encuentros potenciales con ese otro (y uno) trascendente, la botella nos protege y nos dificulta. Es la marca del misterio, también el habitáculo en el que observar el micro-mundo del habitante, o ser observados.

La botella de vidrio es el escenario donde se vive la crisis y donde se nos hace palpable la imposibilidad de entrar en contacto sin quebrar lo que la botella tiene de espacio de contención y seguridad. Oscar nos describe así el mundo de su angustia tras un cristal imperceptible para los demás “Los sucesos se agolpan, la angustia e insatisfacción aumentan, me resulta cada vez más difícil respirar hondo, mi mente empieza a galopar de manera inusual y tengo miedo y ganas de llorar sin lágrimas. Nadie comprende mi dolor y me siento un monstruo, especialmente porque ya casi constantemente sonrío”.

La botella nos hace de alguna forma visibles, nos aísla de la influencia exterior (temida,

nociva), nos protege y nos condena; tan peligroso es quedarse así como abrirla, ya que como ocurre con el vino, una vez abierta solo queda un tiempo limitado para vivir la experiencia posible antes de avinagrarse; hemos de encontrarnos, sentir, saborear, pensar, en un tiempo óptimo; después se pierde y solo quedará plasmada en los ecos de la aguda conversación o el escrito que transmita algo de la experiencia vivida.

Si se vacía una botella tras otra, nos pasará que sin aprovechar las experiencias, perdamos el contacto y quedemos sin límites. También sabemos que si no abrimos nunca la botella, perderá su ánima, su fuerza, quedará sin sabor, a nada ni nadie habrá servido su valía, su potencialidad.

La tarea del terapeuta es abrir las respectivas botellas entre dos, pero no precipitada ni irreflexivamente. Hay un momento óptimo para abrirlas (un balance de tiempos posibles), en unas condiciones adecuadas (al hilo de necesidades propias previamente templadas, y esencias ya maduras), con un celo especial para dar valor a su contenido (único, diferente cada vez), que solo se conservará transformada en relación narrada, palabras y sensaciones. Es la (re) creación y despliegue de las mentes en el espacio potencial que brinda la relación terapéutica.

Una tarea de artesanía, llena de esperanza, donde recuperamos, a través de estas botellas simbólicas, naufragios propios y ajenos, que nos permiten valorar ese momento único en que tras encontrarla, examinarla y prepararla, una botella puede ser abierta para ser transformada en experiencia con los otros, preludio de otras botellas que habrán de esperar hasta su momento óptimo.

Artesana, porque la técnica deriva de la internalización de la experiencia de encuentros y desencuentros con otros, que se une a nuestra propia esencia como personas, es parte de nosotros, y decidimos -no reflexiva sino como experiencia relacional integrada en nuestra esencia- como va ser empleada en cada oportunidad.

Esperanzada, porque esperamos la verdad del otro, los restos de sus naufragios, mientras nos sorprenden los propios, más allá de máscaras profesionales/ botellas protectoras: Si somos capaces de esperar algo más y mejor de nosotros mismos, el otro siempre tendrá oportunidad de re-escribirse y encontrar el sentido de lo que hasta entonces parecía vacío o estéril, porque creemos genuinamente que le será posible.

Esa es nuestra tarea. Recorrer el camino, a pesar de todos los naufragios acaecidos y por suceder. No importa dónde lleguemos, ni cuanto tardemos, sino atrevernos a iniciarlo, salir de la botella de nuestro narcisismo y enfrentar los riesgos del caminar acompañado. Los poetas nos han insistido siempre en que el sentido radica en la experiencia que aporta el recorrido: "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar..." (A. Machado, 1939); pues recorrerlo es lo que quedará de la experiencia: "Ítaca te dio el bello viaje ... otras cosas no tiene ya que darte" (Kavafis, 1911). Marcaremos una perspectiva más, la riqueza y la dificultad de caminar con otro, acompañar, esperar, respetar la libertad de las distancias, porque en definitiva es caminar con todos los otros que constituyen nuestra subjetividad.

REFERENCIAS

Aulagnier, P. (1984). *L'apprenti-historien et le maître-sorcier. Du discours identifiant au discours délirant*. Paris: PUF. [V.castellana: *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires: Amorrortu]

Ávila Espada, A. (2005). Al cambio psíquico se accede por la relación. *Intersubjetivo*, 7 (2): 195-220.

(http://www.psicoterapiarelacional.es/portals/0/Documentacion/AAvila/A_Avila_Al%20cambio%20psiquico_V7N2.pdf)

- Bion, W.R. (1962). *A theory of thinking*. In *Second Thoughts*. New York: Aronson, 1967. [V.castellana: *Volviendo a pensar* Buenos Aires: Hormé]
- Bollas, C. (1987). *The shadow of the object. Psychoanalysis of the Unthought Known*. Free Association Books. [V.castellana: *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado* Buenos Aires: Amorrortu]
- Borges, J.L. (1996). *Obras Completas*. 2 vols. Barcelona: RBA Eds, 2005.
- Ferenczi, S. (1997). *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kavafis, C. (2003). *Kavafis integro. Compilación y estudios de Miguel Castillo Didier*. Santiago de Chile: Quid Ediciones.
- Khan, M.M. (1983). *Hidden selves. Between theory and practice in psychoanalysis*. London: The Hogarth Press. [V.castellana: *Locura y soledad* México: El Manual Moderno]
- Khan, M.M. (1988). *When spring comes. Awakenings in Clinical Psychoanalysis*. London: Chatto& Windus. [V.castellana: *Cuando llegue la primavera* Barcelona: Paidós]
- Kohut, H. (1984). *How does analysis cure?*. Chicago: The Chicago University Press. [V.castellana: *¿Cómo cura el análisis?* Barcelona: Paidós]
- Machado, A. (1875-1939). Poemas escogidos. (http://www.poesia-inter.net/Antonio_Machado.htm). Obras completas en: [http://es.wikisource.org/wiki/Poes%C3%ADas_completas_\(Machado\)](http://es.wikisource.org/wiki/Poes%C3%ADas_completas_(Machado))
- Mitchell, S.A. (1988). *Relational concepts in psychoanalysis. An Integration*. Cambridge: Harvard University Press. [V.castellana: *Conceptos relacionales en psicoanálisis*, Mexico: FCE]
- Mitchell, S. (2000). *Relationality. From Attachment to Intersubjectivity*. Hillsdale, New Jersey: The Analytic Press, Inc.
- Pichon-Rivière, E. (1985). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Shoshani, M. (2009a). *Dare to be human. A Contemporary Psychoanalytic Journey*. New York: Routledge.
- Shoshani, M. (2009b). *The Bottles Man: A Borgesian Perspective on the Creation of a Mind in Analysis*. Paper presented at IARPP Annual Meeting, Tel Aviv, June 2009
- Shoshani, M., Shoshani, B. & Becker, M. (2009). *On Twisted Coalitions and Perverse Narcissistic Configurations: From Positivistic Oedipal Third to and Existential Relational Third: A Case Study*. *Psychoanalytic Psychology*, 26 (2): 134-157.
- Winnicott, D.W. (1958). *Collected Papers*. London: Tavistock Publications. [V. Castellana: "Escritos de Pediatría y Psicoanálisis" y "Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador", Barcelona: Paidós]

NOTAS

¹ Partes de este trabajo han sido leídas en la Reunión Anual de IARPP, Tel-Aviv, Israel, Junio 2009, como comentario al trabajo presentado por Michael Shoshani: "The Bottles Man: A Borgesian Perspective on the Creation of a Mind in Analysis".

² Psicólogo Clínico y Psicoterapeuta Psicoanalítico. Catedrático de Psicoterapia, *Universidad Complutense de Madrid*, España. Presidente de la sección española de IARPP y fundador del Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid. Dirección de contacto: avilaespada@telefonica.net

³ El término "psicoanálisis" o "análisis" se usa en este trabajo como sinónimo de psicoterapia psicoanalítica, denotando todo proceso terapéutico en que se trabaja en la producción de subjetividad en los partícipes de la

experiencia, siendo entonces irrelevante si por argumentos teóricos o técnicos se le pudiera llamar a ese proceso con los términos “Psicoanálisis”, “Psicoterapia” o “Psicoterapia psicoanalítica”.

⁴ Congruentemente con lo antes expuesto, “Terapeuta”, “Psicoterapeuta”, “Analista” y “Psicoanalista” son términos que serán usados en este trabajo como sinónimos, desde la concepción de que no existen diferencias *a priori* derivadas de una denominación o título que se use para mencionar a la persona-profesional que ayuda y/o acompaña, que determinen *per se* los procesos que se activarán en el proceso terapéutico. Terapeuta y Analista pueden ser posiciones distintas en la concepción clásica del psicoanálisis, pero no son asumibles desde una posición relacional.

⁵ Mascara tras la que ocultarnos, a la vez personaje que expresa deseos.

⁶ Franz Mc Court, *El profesor*, Madrid: Maeva, 2006; original de 2005.

⁷ Jeeves (“el inimitable Jeeves”) es un personaje muy conocido de P.G. Wodehouse, un camarero- mayordomo sabio, siempre cubierto con su bombín. Algunas de las obras de P.G. Wodehouse han sido llevadas a la televisión.

⁸ Agradezco a Michael Shoshani que al brindarme la oportunidad de comentar su trabajo (Shoshani, 2009b), haya tenido la ocasión de pensar sobre mi experiencia con los pacientes y sobre mí mismo, todo un viaje entre el relato clínico, la experiencia estética y transformadora que provocan las citas y comentarios de Jorge Luis Borges que incluye Shoshani en su trabajo, y la interrogación analítica y existencial que brota a lo largo del recorrido de Shoshani con su paciente, David.

⁹ Oscar, nombre figurado, elegido por la propia persona, remite a la historia singular de un varón con quien trabajé en psicoterapia entre sus 31 y 56 años de manera discontinua. Una aproximación descriptiva y detallada del relato del proceso terapéutico con Oscar está en preparación.

¹⁰ Todo y Nada (en J.L. Borges: Obras completas, Barcelona: RBA).

¹¹ La Otra Muerte. En “El Aleph” (Borges, 1949)

¹² M.M. Khan ha profundizado en estas ideas en sus obras “Hidden Selves” (v. castellana: Locura y Soledad) y “When spring comes” (V. castellana: Cuando llegue la primavera).

¹³ Funes el Memorioso. En “Artificios” (Borges, 1944)

¹⁴ El Milagro Secreto. En “Artificios” (Borges, 1944).

¹⁵ Oveja y no cordero, marcando así la imposibilidad de vestir el “traje” masculino.